

BREVE PRONTUARIO DE AUV

- 11/11/2014 POSTED IN: ARTÍCULOS Y OPINIÓN

Por **María Aureliana Buendía**

Desde muy joven AUV, junto a sus hermanos y parientes cercanos y lejanos, heredaron relaciones mafiosas de su padre Alberto Uribe Sierra, pedido en extradición por los Estados Unidos, y del clan Ochoa por el lado de su madre Laura Vélez Escobar. En 1991 Álvaro Uribe aparece referenciado con el número 82 en el archivo Federal de Seguridad de EE.UU.; lo señalan como hombre del cartel de Medellín y amigo de Pablo Escobar, quien en la misma lista aparece con el número 79.

Ya para nadie son un secreto los vínculos de la familia Uribe Vélez con el paramilitarismo. Específicamente su responsabilidad en la creación, entrenamiento, sostenimiento, encubrimiento, expansión en Colombia y en los últimos años por América Latina. Igualmente, y en particular Álvaro Uribe, autor consciente, consecuente y juicioso, de la alianza de las Fuerzas Armadas colombianas y de otras instancias del Estado con el narcotráfico.

El proyecto narco paramilitar o contrainsurgente en Colombia se implantó convirtiendo al país en una enorme fosa común, en rojas las aguas de los ríos vehículos de cadáveres mutilados, en múltiples hornos crematorios y en venta al por mayor y al detal de las motosierras. Para que en Colombia y en el mundo se supiera de lo que iban a ser capaces, incineraron a la Corte Suprema de Justicia y asesinaron tres candidatos presidenciales en la misma campaña electoral.

Álvaro Uribe y su banda han puesto en práctica el proyecto de poder narco paramilitar en el país, bajo las banderas del capitalismo más retrogrado: en lo ideológico, guerra a muerte contra el comunismo (comunismo es todo lo que lucha, opina, respira), la seguridad democrática (garantías de fuerza para las ganancias del capital nacional), confianza inversionista (garantías absolutas para el expolio del capital transnacional), cohesión social (limosnas para mantener a la plebe votando).

En realidad y sin mucha ciencia convirtieron al país en la mayor lavandería del mundo, legalizando más de 16 billones de pesos al año; en el país más desigual del continente y segundo más desigual del mundo; en el país con más desplazados del planeta (hoy son 6 millones), con las mayores violaciones a los Derechos Humanos, donde más matan sindicalistas, periodistas, indígenas y negros, ambientalistas, luchadores por los derechos sobre tierras de la que fueron propietarios. La guerra total contra el pueblo colombiano llegó al paroxismo con los mal llamados “falsos positivos”.

Ante la incapacidad de la fuerza militar, de policía, de la inteligencia de presentar resultados al Presidente, ya no contra la población inerte sino contra “la FAR”, guerrilleros muertos, muchos guerrilleros muertos, empezaron a desaparecer hombres, mujeres, jóvenes, ancianos; los llevaban a remotas regiones, los vestían de guerrilleros, incluso les ponían un arma o simulaban un combate y los fusilaban. El Estado premiaba el “heroísmo” con dinero, vacaciones, traslados, etc.

Con medio país engañado y el otro medio aterrorizado, el Doctor Álvaro Uribe pretendió llevar a cabo su verdadera agenda: legalizar la estructura paramilitar y convertirla en partido político, por un lado y por otro, legalizar las fortunas y los negocios de los narcotraficantes, “saneando” millones de hectáreas producto del despojo. Ubicarse en el escenario internacional como el punto de referencia, la punta de lanza de las políticas intervencionistas de los EE.UU., Inglaterra e Israel. Países que convenientemente cierran los ojos frente a todos sus delitos globales. De esta estrategia nació la Ley de Justicia y paz, diseñada a la medida del narcoparamilitarismo colombiano.

No midieron Uribe y sus secuaces la capacidad de resistencia del pueblo colombiano, no calcularon la solidez y coherencia de las FARC, menospreciaron la disposición y el talento para enfrentar cualquier adversidad, la experiencia, la inteligencia, la entrega total a la causa de la libertad, la justicia, la paz. Es así como se derrotó el Plan Colombia, el Patriota, se deshizo la agenda narcoparamilitar de Uribe.

Como ganador de la guerra total contra las FARC nadie le hubiera reclamado al uribismo la entronización definitiva de narcos y paramilitares en el poder del Estado. Los colombianos hubieran tenido a Don Berna de ministro de la Cultura, a Mancuso de Hacienda, a Jorge 40 de Gobierno, a la Gata de ministra de Relaciones Internacionales.

Los resultados adversos en la guerra y la prolongación de la confrontación militar producto de la resistencia obligaron a Uribe a pedir una negociación con la guerrilla de las FARC. No aguantaba más y su proyecto debería consolidarse en el 2019 o lo perdería todo. Y se arriesgó, a su estilo mentiroso, ventajista, en las tinieblas, que no se supiera el tipo de concesiones que estaba dispuesto a hacer.

Grave error. Las FARC nunca han buscado con ningún gobierno nada para sí, lo atesoramos todo: una causa por la cual luchar y los medios. Uribe supo que no tenemos precio, que perdió frente a las FARC. Con el traspaso del poder a Santos, Álvaro Uribe tuvo una pérdida del poder formal, pero seguía muy fuerte en su poder real, cimentado en la triada Fuerzas Armadas-narcos-paras dentro y fuera del Establecimiento.

En el desafío Uribe – Santos se enfrentan dos sectores representativos de la oligarquía financiera blanqueadora, de la burguesía anticomunista con renovados vínculos feudales, pequeños sectores asqueados, confundidos, engañados, nuevos santistas. No hay diferencias irreconciliables de clase, pero el uribismo sabe que sobrevive si el país no cambia. Santos cree que puede mantener en el poder a su sector de clase con algunos tibios cambios, así sean solo discursivos. La democracia, la justicia social, el desarrollo, la modernidad, la diversidad, la cultura son antagónicos al ahora Puro Centro Democrático. Es la diferencia entre la vida y la muerte y así Uribe se enfrenta a Santos, mientras éste prefiere usarlo como coco para asustar a las FARC.

Pruebas de los alcances de Álvaro Uribe en ese enfrentamiento son la historia de Andrómeda, los hackers y lo relacionado con la Dirección Nacional de Inteligencia (DNI), la Jefatura de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército, la FAC, la Armada e Inteligencia del Comando general de las Fuerzas Militares. En síntesis: “hay gente de la Fuerza Pública, los disidentes del Ejército se están reorganizando para atacar el proceso de paz” dice Sepúlveda y agrega que no solo era una “campaña” de un grupo de militares encabezados por el General Rito Alejo del Río, sino “una respuesta a una posible firma al proceso de paz”. Eso se llama Golpe de Estado en cualquier lugar del mundo. Pero Uribe falló en el golpe militar que le organizó a Santos.

A Santos le ha costado casi un año su desmonte y sigue en riesgo, pero le teme más a los cambios profundos que requiere la paz. No todo lo que mostraría un estadista, pero a veces también juega duro, donde más le duele a Uribe: su dinero y ahí lo pone a tambalear. Como en la escaramuza que presenciamos con la inclusión de Panamá como paraíso fiscal, porque es en ese país donde Uribe hace sus “ahorritos”, cuyo monto y tamaño se mide por las decisiones políticas de dos gobiernos panameños con respecto al asilo de la prófuga de la justicia María del Pilar Hurtado, protegida como nadie por Álvaro Uribe.

Cuánta razón le asiste al Jefe máximo de las FARC, nuestro camarada Timoleón Jiménez, cuando le recomienda a Santos aislar al fascista Uribe y su banda. Hay que *encerrarlo*, amén de todos los crímenes, por esquizoide, hacerle un bien a la sociedad y sanearla de sus trastornos mentales crónicos y graves, traducidos en guerra pura contra los colombianos.

Montañas de Colombia, 10 de noviembre de 2014.

